

UN CAMBIO DE LUGAR

La escena del lavatorio de los pies el Jueves Santo, además de darnos a conocer cómo era Jesús, cuánto quería a los suyos y hasta donde llegó en su humilde abajamiento, nos ofrece otra dimensión que toca de cerca nuestra misión de acogida y, en general, todo lo que desea ser Puente de Esperanza. Todas sabemos que el lugar en que estemos situadas condiciona nuestra mirada y el gesto de Jesús es significativo desde esa perspectiva: en la noche en que iba a ser entregado se levantó de la mesa distanciándose del lugar de los que presiden y cuya dignidad es reconocida y se situó en el espacio que habitan los que, entonces y ahora, llevan sobre sus hombros las cargas de otros y no tienen acceso a la mesa de la seguridad, la estabilidad ni los bienes. Desde ese “otro lugar” se percibe y se toca de cerca lo que ocurre “abajo”: situarse en ese otro plano hace posible una mayor consciencia de las condiciones de vida precaria que lleva tanta gente, de lo que supone no tener acceso a un trabajo cualificado y vivir la inseguridad ante el futuro. De todo eso no se enteran los que están “a la mesa” en el banquete de la vida, y tampoco nosotras cuando vivimos lejos de esa realidad. A ras del suelo y en contacto con “los pies” de los demás, nos enteramos un poco mejor de lo que ocurre ahí, cambiamos de plano y nos aproximamos a lo elemental de cada persona, a su desnudez, a las limitaciones de su corporalidad, a los problemas de su existir cotidiano. Bendito contacto si nos ayuda a percibir esas situaciones que son las de la mayoría de la gente. Y ojalá aprendamos algo de lo que quiso enseñarnos aquella noche el Maestro, despojado del manto y con la toalla ceñida.

Dolores Aleixandre RSCJ



